

El paso del Guadarrama

«Hermano, he pasado el Guadarrama con una partida de mi guardia y con un tiempo bastante desagradable».

(Carta de Napoleón Bonaparte a José I. 24 de diciembre de 1808)

Con un movimiento brusco, el hombre se arrebujaba en la capa. Desde la cumbre del promontorio observa el acantilado a sus pies. En el fondo, un intenso oleaje arremete sin descanso contra las rocas y deja tras de sí un blanco reguero de espuma.

—¿Tiene frío, Sire?

—No, Bertrand. A pesar de su clima desagradable, desde que me desterraron a este inhóspito peñón jamás he sentido frío. Es solo que ha vuelto a despertar el perro que últimamente me come las entrañas. Temo que acabe conmigo, igual que le sucedió a mi padre.

—No diga eso, Sire. Conseguiremos escapar de esta maldita isla, tal como hicimos en Elba. Reverdecerán las glorias pasadas. El imperio no ha muerto, solo duerme.

El destello que ilumina por unos segundos la mirada de Napoleón Bonaparte desaparece casi al instante transformado en un rictus de amargura. Por un buen rato guarda silencio, sumido en sus pensamientos.

—Fíjese, Bertrand. El aire levanta murallas en la mar. Es la eterna lucha del agua contra la piedra. El fragor de su combate es como el de dos ejércitos que chocan en el frente de batalla. Añoro los sonidos de la guerra.

—Yo también, Sire. La superficie del océano cubierta por la espuma me ha traído el recuerdo de los campos nevados de Rusia.

—No es Rusia el lugar que me viene a la memoria. Quizás sea el ulular de este viento enloquecedor lo que me ha hecho revivir otra campaña. —Napoleón suspira, mira al cielo y contempla pensativo las nubes que lo cruzan—. Muchas veces me repito lo que aprendí aquella jornada. Porque, ¿qué es el hombre sino una minúscula brizna de hierba ante las fuerzas de la Naturaleza?

Sometida la capital y restaurado José I en el trono, el contingente francés abandona Madrid la mañana del veintidós de diciembre de 1808. La orden del emperador es dirigirse a Salamanca, cuartel general de los ingleses, para aplastar al enemigo e impedir su repliegue hacia el norte.

La impresionante maquinaria de la *Grande Armée* se pone en movimiento bajo el mando de Su Majestad Imperial. Las botas de las compañías de dragones retumban de nuevo sobre los caminos de tierra de la meseta. Desde un cielo de un azul acerado, el sol tibio del invierno castellano arranca destellos de la punta de las bayonetas.

Poco antes del anochecer, el convoy de artilleros que precede a la inmensa columna de infantería entra en el pueblo de Guadarrama. El lugar elegido para pernoctar por el responsable de la intendencia es apenas un puñado de míseras casas de piedra al pie de la montaña. Bajo la luz crepuscular solo se distinguen la silueta de la iglesia, encaramada a un altozano, y la mole granítica del pósito real.

—¿Pudieron conseguir algo, Lamot?— El joven oficial de dragones se dirige a un veterano malencarado de gigantescos mostachos que conduce dos cabras famélicas atadas de una cuerda.

—Poca cosa, capitán Joliton. El jefe de la guarnición asegura que desde hace meses no quedan alimentos por requisar en la aldea.

—No me fío de ese truhan de Lapierre, sargento.

—Yo tampoco, mi capitán. Pero no miente. Hemos entrado en varias chozas en busca de provisiones y no ha habido suerte. Esta gente ni siquiera tiene camas. Duermen en el suelo, entre paja, como las bestias.

—No hay de qué preocuparse. Los carros vienen llenos tras el saqueo de Madrid. Al menos hoy no faltarán la carne ni el vino. ¿Acomodó a la tropa en la iglesia como le ordené?

—Sí, mi capitán. Un pelotón está desmantelando a hachazos el retablo para convertirlo en leña. Sopla un viento del norte que no me gusta nada.

—Disponga todo para partir al alba. Las órdenes del emperador son tajantes. No debemos demorar la marcha bajo ningún concepto. Y busque algún paisano que nos sirva de guía para cruzar la montaña. Quizá lo necesitemos.

Los ojos grises de Juan Abril se hunden en una cara curtida por el aire de la sierra. De pie a las puertas del desangelado templo, el cabrero se protege del cortante frío del amanecer con una burda chamarra de piel de oveja. A sus espaldas, la escarcha hace brillar los campos al resplandor de las antorchas.

—Le repito que hoy será mal día para pasar el puerto. Es menester esperar a que amaine el temporal. Vea lo que se avecina —dice, señalando las cumbres nevadas sobre las que se ciernen densas nubes de color ceniza.

El traductor, un afrancesado de profusas patillas, repite el mensaje en un francés sibilante y medroso.

—Dígale que eso es de todo punto imposible —responde Joliton, impaciente. Debemos cruzar. No hay tiempo que perder.

—Según este paisano, el riesgo de ventisca es alto. Afirma que parte de la tropa podría quedar enterrada por la nieve y perecer.

—Este ignorante cree que el ejército imperial se detiene por minucias. Si el invierno no fue un obstáculo en Austerlitz, ¿por qué habría de serlo en España? ¿No será un confidente de los rebeldes que pretende retrasarnos para que caigamos en una trampa?

El pastor, que parece haber comprendido las últimas palabras del militar, se dirige a él mientras mira de reojo al afrancesado.

—Señor, soy hombre de paz. La guerra solo me ha traído desgracias. La tropea saquea nuestras casas. Se llevan los enseres, sacrifican las cabras y requisan el grano. No tenemos qué comer. Las mujeres salen a por agua a la fuente con miedo de que abusen de ellas. A mis dos hijos los reclutaron a la fuerza y ni siquiera sé si siguen vivos.—La voz, monótona y resignada, conserva no obstante un tono de desafío.

—Entonces, ¿por qué te preocupa lo que pueda pasarnos? —pregunta Joliton en un español gutural.

—A pesar de todo el mal que me ha traído la guerra, no deseo ver cómo se rompen la crisma o mueren congelados tantos cristianos. No, les repito que no es buen día para pasar el puerto.

—No te preocupes —replica el capitán dándole la espalda—. Tú serás el primero en comprobarlo.

El viento —que no cesa desde primera hora de la mañana— comienza a soplar en ráfagas de violencia inusitada cuando un batallón de la infantería ligera ataca las primeras rampas del puerto. A pesar de que los dragones ajustan a la barbilla el barboquejo de los chacós, varios de los altos sombreros ruedan por tierra y se precipitan pendiente abajo perseguidos por sus propietarios. El horizonte está tan oscuro que no se distingue si es de día o de noche.

En escasos minutos, las partículas de granizo que hieren el rostro de los soldados son sustituidas por gruesos copos de nieve que el aire desplaza a velocidad vertiginosa. La pista que serpentea por el desfiladero queda oculta bajo un manto blanco. No es posible distinguir la senda de los barrancos que la flanquean. Cada movimiento supone el riesgo de precipitarse en una sima o quedar sepultado en un ventisquero.

A la vera del camino, el emperador observa las maniobras desde el caballo. A su izquierda, el mariscal Savary, duque de Rovigo, se arropa en un grueso capote de campaña mientras da órdenes a un brigadier.

—Sire, me temo que el repliegue es inevitable. Busquemos cobijo. De no ser por ese pastor que nos guía habríamos perdido un pelotón entero despeñado por un precipicio. Al menos cinco cañones están inutilizados.

—De ninguna manera, Savary. Esta noche he de cenar en Villacastín. Allí hay dispuestas provisiones para la tropa. Pasaremos a cualquier precio. Moore no tendrá tregua.

Napoleón se apea del caballo. La nieve cubre sus botas de montar. Avanza con dificultad hasta el lugar donde brega la vanguardia del ejército. Aupado por un sargento, se encarama a una pieza de artillería e inicia una arenga con voz tonante.

—¡Soldados, no desfallezcáis! ¡Confío en vuestro valor! La victoria nos espera en la vertiente norte de la sierra. La posteridad hablará con orgullo de vuestra conducta. ¡Seguidme hasta la cumbre!

Los vítores de la soldadesca silencian por un momento el bramido de la tormenta. Bonaparte se coloca a horcajadas sobre la faja del cañón, desenvaina el sable y ordena aguijonear a las mulas. Por delante, solo se distingue la silueta solitaria de Juan Abril, cuyas abarcas abren un sinuoso camino entre la nieve mientras tiente el suelo con el cayado.

Siguiendo la estela del cabrero, los cazadores de la Guardia Imperial avanzan a pie arrojando el temporal. Se desplazan agarrados por los brazos para ayudarse unos a otros en caso de accidente. La estrecha columna ocupa todo el ancho de la pista. Un caballo se encabrita, liberándose de las manos que sujetan sus riendas. Cegado por el huracán, abandona a su dueño y se lanza contra una cuneta donde queda cubierto hasta los ijares. Un cabo que ha acudido a su rescate pierde el equilibrio al pisar el hielo y hombre y bestia se precipitan en un abismo invisible, desapareciendo de la vista de sus compañeros.

Metro a metro, el contingente reptaba por la abrupta pendiente. El pelotón de cabeza, precedido por Juan Abril, abre una senda de sucia nieve pisoteada por el que desfila la infantería que empuja los cañones y los carros con la impedimenta. El castigo que soportan los situados en la primera fila es tremendo.

Después de cuatro horas de marcha, arriban a lo más alto del puerto. Subido en un pedestal, el león de piedra que guarda el paso de montaña los observa impassible con la melena cubierta de hielo.

Apoyados en el muro de una ermita en ruinas, los oficiales se reúnen al calor de una hoguera.

—¿Cuántos hombres hemos perdido durante el ascenso, Savary?

—Es difícil saberlo, Sire. La mitad de la Guardia Imperial tiene síntomas de congelación. Estamos agrupando las unidades para contar las bajas.

Protegido tras un grupo de rocas, Juan Abril ajusta con las manos encallecidas las pieles de carnero con las que protege sus piernas. Su rostro, cubierto por una máscara de escarcha, semeja el de una estatua de mármol. A pocos metros, el capitán Joliton se despoja de las botas y frota con fuerza un pie de dedos amoratados. Escenas similares se repiten a lo ancho de la cumbre.

El pastor contempla la ladera norte a cuyos pies, entre la nieve, sabe que se encuentran las casas de San Rafael. Piensa en sus hijos y en la sinrazón de la guerra. También en lo sucedido durante la jornada.

«Hay quien dice que la sierra es traicionera, pero no es cierto. Te avisa con tiempo suficiente, solo has de saber escucharla. Les dije que no era buen día para pasar el puerto».